

ron con su instinto lo que proclamaban en su ideología.

El problema quedó, pues, planteado. Miguel sabía que muchos le admirábamos por haber escrito "Tres sombreros de copa", calificada por uno de los jóvenes críticos de entonces de "esperpento cordial", mientras otros apenas le disculpaban el que lo hubiera hecho. De manera que, a partir de entonces, el autor tuvo que soportar la eterna confrontación de cada uno de sus estrenos con las dos imágenes que existían de él: el juicio de quienes esperaban un nuevo "Tres sombreros de copa" y el de quienes se entusiasmaron con el escepticismo ingenioso de "A media luz los tres"; el de quienes celebraban que en "El caso del señor vestido de violeta" se burlara de "todos" los intelectuales y el de quienes nos decíamos que aquello sólo era la merecida sátira de quienes fingían que lo son...

Por eso decía antes que es necesario, para entender a Mihura, reconducir su figura a los años en que descubrió, de modo vivencial, sin solemnidad ninguna, el juguete y el oficio del teatro. Cuanto había en él de diversión y de medio para ganarse la vida. La guerra fue un hecho superpuesto, ajeno, del que, eso sí, debió de sacar varias conclusiones: la pasión política condujo al desastre de la sangre; al tiempo de las pistolas sucedía el tiempo de los dogmas y de la ramplonería mental y literaria; a la tristeza de la guerra, la tristeza de la posguerra. Y él, como sus amigos Tono y Edgar Neville, quería romper el cerco. El humor, no ese humor del que hablaba Pirandello; no el humor de Cervantes o de Chaplin, que es un arma poderosa de desenmascaramiento, sino un humor hecho de lejanías, de miradas entre cómplices y penetrantes, vino a ser el refugio personal contra el furor de los demás. Contra esos otros, eternamente mentrosos y pueriles, tanto más débiles y ambiguos en el fondo cuanto más se esfuerzan en parecer firmes y, por todo ello, quizá dignos de una conmiseración inteligente, de la sonrisa de quien comprende las cosas pero no entra en el juego.

Recordemos el título de una de las obras escritas en San Sebastián: "Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario". ¿Qué oscuro e inconsciente sentido no tiene en el marco de una sociedad donde los ricos y los pobres andaban a tiros? ¿Qué voluntad no traduce de querer "estar fuera" del conflicto, aunque, por supuesto, ese no sea el tema de la comedia? ¿Qué pensar de esas visitas de "Maribel y la extraña familia", cuya discreción se asegura pagándoles una cantidad? ¿Qué parte de Miguel Mihura es la que grita en su Maribel:

"Lo que pasa es que tenemos miedo porque no tenemos la conciencia tranquila. Y yo no quiero ser así"?

Cabe preguntarse hasta qué punto ese matiz de desgana, ese gesto de fatiga, con que hablaba de sus comedias, no nacía del sentimiento de que, como su imaginario y juvenil Dionisio, tampoco él se había marchado con Paula. Al menos, en todo caso, tampoco aceptó las órdenes de ningún suegro. Se quedó soltero. Aplicó al teatro las inconcretas reglas aprendidas en su infancia de espectador y de hijo de cómico. Construyó las comedias con las sabidurías oralmente transmitidas del oficio. Hizo dialogar a sus personajes con la justeza que no ha conseguido ningún otro autor español de la posguerra. Se burló un poco de todo el mundo y amó un poco a todo el mundo, procurando, eso sí, no bajar nunca hasta la calle, creando para sus personajes una "realidad" —incluso cuando aparecía un exiliado político, como en "Ninette y un señor de Murcia"— en la que no había leyes, salarios, oficios, partidos ni guerras. Un mundo, bien mirado, poblado de solitarios como él mismo, de viejecitas, de monjas, de entretenidas, de atracadores patéticos, o de muchachas que se atrevían, ante el espanto masculino, a trabajar en una oficina.

Quizá en estos momentos el teatro de Mihura tenga dos lecturas claramente definidas y distintas. La de quienes vean en esa nube —ese halo de modesto parásito artificial— que lo envuelve el signo de una capacidad poética y la de quienes nos preguntamos por qué siendo Miguel Mihura un hombre tan cordial vivió y escribió como un gran solitario, por qué nunca volvió a ser su teatro un juego tan vital, tan libre y tan solidario como lo había sido en la primera de sus obras.

Tal vez tenemos la respuesta. El Mihura de "Tres sombreros de copa" fue gravísimamente herido en julio del 36. Ahora, el superviviente, el Miguel que contenía a todos sus "otros", ha muerto, no sin antes pasar por la Academia, lo que no deja de ser una paradoja que nadie señaló en su día. No ya porque la personalidad de Miguel parezca poco acomodada a la solemnidad magistral de un sillón académico, sino porque pocos escritores españoles han mostrado mayor recelo ante el poder estereotipador y la petulanca habitual de la palabra. Miguel Mihura ha muerto. Queda en pie su teatro, agríndice, sabio de oficio e inseguro de mundo, afectivo e insolidario, quizá como la expresión de una época y de una generación, que, en 1936, guardó para siempre en un cofre sus tres sombreros de copa. ■

JORGE GUILLEN DOCTOR HONORIS CAUSA

JORGE Guillén ha sido propuesto como "doctor honoris causa" por la Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid. Ha sido propuesto y los trámites exigen que el Ministerio de Educación y Ciencia apruebe o no esta concesión.

Mientras tanto, se ha armado un barullo enorme. Un periódico tan serio como "El País" dio la noticia de que había sido investido ya, ¡por la Universidad de Madrid!, sin especificar si era la Autónoma o la Complutense, y añadía, para volverse locos con los conocimientos geográficos, que en un pueblo de la provincia, Villalón de Campos, se le tributaría el homenaje porque allí el Instituto lleva su nombre. Televisión Española, al día siguiente, dijo que Jorge Guillén había sido investido ya "doctor honoris causa" por Valladolid. Corre-gía algo, pero seguía creando la confusión.

Jorge Guillén aún no es "doctor honoris causa" por la Universidad de Valladolid. Conviene en Málaga de sus años y su última enfermedad. Es este un homenaje que se le debe en justicia, pero, si se le concede, no podría celebrarse hasta la primavera, cuando él esté mejor, no haya nieblas en Valladolid y se lo permitan sus médicos. Lo asombroso y lo indignante es la superficialidad e ignorancia con que se tratan estas noticias. ¿Qué mala conciencia colectiva anda funcionando entre el subconsciente general del país?

Jorge Guillén hizo el Bachiller en su ciudad natal (precisamente ahora se inicia el derribo de la casa en que nació), estudió después la carrera en Madrid y estuvo en la Residencia de Estudiantes, pero en 1913 se licenció en la Universidad de Granada. Del 17 al 23 fue lector de español en la Sorbona, coincidiendo con Unamuno, desterrado, y Rainer María Rilke, peregrino. Después siguió su vida y su obra y ahora se cumple el medio siglo de la edición del primer Cántico.

En Villalón de Campos se consiguió, Cruz Martínez Esteruelas entonces ministro, que el Instituto tuviera su nombre. Hubo dificultades, pero se logró, aunque luego acaso el señor Esteruelas se desquitase clausurando todo un curso de la Universidad de Valladolid. Se pensó en un homenaje en el que participarían Dámaso Alonso, Blas de Otero, el que esto escribe y alguno más. Pero aquello coincidía con las ejecuciones de Burgos y el viejo poeta dijo, con razón, que no lo consideraba oportuno.

Intencionadamente no quiere aludir a su experiencia de la guerra civil que él ha desvelado en sus versos. Don Jorge está por encima de todas estas contingencias; ahí está su obra que, al fin, completa, se vuelve a editar en España.

Jorge Guillén más que un exiliado ha sido un extrañado, un transterrado de España. Ha vuelto cuando podía hacerlo sin riesgo (estuvo a punto de ser ejecutado en Pamplona en 1936 y sin saber por qué), pero sus raíces se habían aclimatado en otras geografías: sus hijos, sus nietos y él seguían sometidos a la ley de silencio, porque, poeta aséptico, frío, en *Clamro* había encontrado las razones de la protesta, rompiendo con su norma.

No es cosa de hablar de premios. Era un poeta profesor de la generación del 27, parigual de Luis Cernuda, de Juan Larrea, de Vicente Aleixandre, de Rafael Alberti, de Federico García Lorca, de Emilio Prados. Lo que se llamó medio Siglo de Oro era y está siendo un siglo completo de oro, dolor y mierda española de la que ellos con su voz han salido limpios, con su sufrimiento a cuestas, pero limpios. ■ EMILIO SALCEDO

